

Conferencia

La violencia en la sociedad actual[#]

Dr. SAUL FRANCO*

Arch.argent.pediatr 1999;97(5):330

INTRODUCCION

Lo dijo al instalar estos simposios su presidente, el doctor Norberto Baranchuk: Llegamos tarde. Estamos llegando tarde los investigadores y trabajadores de la salud al problema de la violencia. En el mundo al revés en que vivimos, nos acostumbramos a vivir como si la violencia no existiera, o como si fuera un problema ajeno o de menor cuantía, o como si fuera parte natural del paisaje de la sociedad contemporánea. Y mientras tanto ella, la violencia, ha penetrado todos los escenarios de la vida individual y social, todas las fibras del tejido colectivo y cada uno de los territorios de la geopolítica mundial. Podemos decir que al final de este milenio de avances prodigiosos en muchos campos, pero también de inequidades abismales e intolerancias desbordadas, vivimos tiempos violentos. Es decir, vivimos un mundo en el cual la violencia no es un recurso extremo para situaciones de máxima opresión, sino la forma más común de relacionarnos, la moneda corriente para las transacciones cotidianas del amor y los odios, de las diferencias y las controversias, en la casa y en la plaza, entre vecinos, países y bloques de países. Por eso padecemos guerras y terrorismo internacional, pero también el atraco callejero, las violaciones a la vuelta de la esquina, los maltratos a los niños, las mujeres y los ancianos, el acoso sexual en el trabajo, los homicidios y los suicidios en todos los espacios sociales, las múltiples e insidiosas violencias de la vida cotidiana, las difusas violencias institucionales y las desapariciones silenciosas o silenciadas de dirigentes populares, campesinos y obreros.

Esta especie de orden violento, como lo llamé en otra ocasión, empezó siendo una amenaza remota, se convirtió en realidad y hoy nos oprime y

desafía, convirtiéndose en una de las características con las cuales nos señalarán quienes en un milenio reconstruyan la historia del final del actual.

Pero no estamos aquí precisamente para lamentarnos y salir en desbandada, sino para sacudir la opresión y aceptar el desafío. La inclusión del problema de la violencia en la temática de estos simposios es una señal inequívoca de su reconocimiento e importancia. Por eso tuvimos aquí una oportunidad excepcional para la reflexión teórica, para discutir puntos de vista sobre la naturaleza, dinámica y formas de enfrentar la situación, y para el conocimiento de experiencias y aportes hechos desde las distintas disciplinas y prácticas profesionales. Y la inclusión del problema es, ante todo, una invitación a persistir en las búsquedas teóricas y conceptuales, a consolidar las experiencias exitosas en marcha, a iniciar nuevos esfuerzos políticos y prácticos, a aproximar nuestros esfuerzos y experiencias mediante redes y otros mecanismos de acción colaborativa para lograr mayor potencia y ahorrar soledades y duplicidades.

Como problema social de alta prioridad, la violencia es también hoy un gran problema de y para la salud pública internacional. Sus efectos perversos sobre el bienestar humano, el marcado deterioro que produce en la calidad de vida de todas las personas, sus altísimos costos en vidas humanas irreparables, su demanda creciente sobre servicios asistenciales previamente insuficientes y sobrecargados, sus cuestionamientos implícitos a la forma como la enfrentamos e, inclusive, la implicación directa en el conflicto del personal y los recursos del propio sector sanitario, tal como ocurre en algunas regiones de países como el mío, convierten a la violencia en tema-problema y desafío para el conjunto de saberes y prácticas que denominamos salud pública internacional.

Si bien esta especie de epidemia de final de milenio —y hay que tener cuidado para no medicalizar la violencia ni emplear de manera imprecisa los conceptos— en la práctica nos afecta a todos y a todas, hay grupos humanos que la padecen con mayor intensidad. Es el caso de los

Conferencia de Clausura. VII Simposio Argentino de Pediatría Social. III Simposio Argentino de Lactancia Materna. I Encuentro de Pediatría Social y Lactancia Materna del Cono Sur. Mar del Plata, Argentina, 2 de mayo de 1999.

* MD. MMS, Ph.D. Docente, Universidad Nacional. Bogotá, Colombia.

niños y niñas y de los jóvenes de muchos países del mundo, entre ellos los nuestros. Son jóvenes entre 15 y 24 años una de cada tres víctimas de homicidio y una de cada cinco víctimas de suicidio en nuestro continente. Aquí, en Argentina, hace ya una década que la tercera parte de los niños y adolescentes que mueren son víctimas de violencia y ambos grupos son las principales víctimas del gatillo fácil. A nivel regional, son niños y niñas las principales víctimas del maltrato doméstico y callejero y de las violencias y violaciones sexuales. Con diferencias, por supuesto, pues no tiene el mismo riesgo de ser víctima de la violencia un niño blanco y rico que uno pobre y negro en las calles de Río de Janeiro, y el riesgo de ser asesinado en los Estados Unidos es ocho veces mayor para los jóvenes negros que para los blancos y cinco veces mayor en los muchachos blancos hispanos que en los blancos no hispanos. Pero peor aún, en las complejas redes de las violencias contemporáneas, los niños, niñas y adolescentes aparecen cada vez más ya no sólo como víctimas, sino también como agentes, como sujetos sociales productores de violencia. La magnitud de ambas dimensiones —la de víctimas y la de victimarios— ya discutidas en muchos otros escenarios y aquí mismo durante estos días, nos obliga a acelerar los estudios y las acciones para entender y enfrentar mejor la situación.

Teniendo claros los objetivos y clarísimas las limitaciones de este tipo de presentaciones, decidí centrarme en hacer algunos enunciados y provocaciones sobre cuatro puntos específicos que considero de la mayor importancia para la discusión y la acción.

1. Sobre el concepto de violencia

Sin claridad en los conceptos, las discusiones se hacen interminables y los diagnósticos y las intervenciones más difíciles. Es necesario tener claro lo que entendemos por violencia para evitar la imprecisión y dejar de identificar todo como violencia. No pretendo forzar una definición, pero sí delimitar los componentes básicos de la categoría. Como lo he expresado en varias ocasiones, *entiendo por violencia toda forma de interacción humana en la cual, mediante la fuerza, se produce daño a otro para la consecución de un fin*. Es decir: entre las múltiples formas que hemos desarrollado los humanos para relacionarnos, la violencia es sólo una de ellas. Y es justo aquélla que reúne tres características esenciales: que para la consecución de un fin recurre a la fuerza y le produce daño al otro. Es entonces una relación de fuerza, en

cualquiera de sus modalidades e intensidades y que, por tanto, acalla la palabra y el discurso. Fuerza que daña el funcionamiento orgánico o psicoemocional, que hiere o golpea, mata o presiona, suprime derechos o limita su ejercicio. Y siempre con un fin: sostener o sustituir un poder, un conjunto de intereses específicos, un ordenamiento social, una escala valorativa o un mundo de representaciones. Esta búsqueda programada de finalidad confirma el carácter inteligente, opcional, racional de la violencia, tal como lo desarrollan pensadores como Hannah Arendt y Domenach, al tiempo que resalta su carácter instrumental, de medio, como lo plantearon Carlos Marx y Walter Benjamin. Puede decirse entonces que la violencia es una realidad histórica, una realidad ontológicamente humana y una actividad socio-culturalmente aprendida.

Si en lo esencial de lo anterior hay acuerdo, podemos deducir algunas implicaciones. Podemos decir, en primer lugar, que no existe una, sino múltiples violencias, diferenciadas por los actores y sus fines, por el tipo de víctimas escogidas y por las modalidades, intensidades, escenarios y contextos en que se desarrolla. Podemos afirmar, en segundo lugar, que la violencia es un proceso, un conjunto organizado de pasos hacia la realización de acciones conducentes a fines. Esto quiere decir que hacen parte del acto violento tanto la creación de las condiciones que posibilitan la violencia, como las acciones de preparación y ejecución de dicho acto y sus consecuencias inmediatas y mediatas en los niveles individuales y grupales. El concepto de proceso implica la necesidad de analizar sus distintos momentos, de tener una comprensión más dinámica del problema y abre, entre otras posibilidades, la de intervenir simultánea o sucesivamente en sus diversas etapas. Podemos decir también, que la violencia no obedece ni a un determinismo genético o bioquímico, ni a un determinismo o fatalidad social. No se trata de negar a priori la posibilidad de que lleguen a encontrarse asociaciones entre ciertas conductas violentas y la presencia o ausencia de determinadas estructuras o componentes del orden bionatural. Pero sí de sustentar la naturaleza esencialmente histórica y socio-cultural de la violencia. Podemos igualmente afirmar que, si bien en casi todos los pueblos y períodos históricos ha habido violencia, su intensidad, sus formas y dinámicas han sido muy variables. Esta variabilidad evidencia la posibilidad de enfrentar y superar los actos con niveles altísimos de violencia en ciertos contextos. Es decir, si bien resulta una utopía pensar en una

sociedad con violencia cero, dado que siempre será una de las posibilidades de relación interhumana, es perfectamente pensable lograr sociedades con niveles de violencia muy por debajo de los altísimos que actualmente tenemos en países como Colombia o como Yugoslavia, en donde la agresión bélica lleva la violencia hasta sus máximos niveles, pues la guerra es eso: el imperio absoluto de la violencia. La variabilidad, queda dicho, no es sólo en cuánta violencia. Lo es también en sus formas, modalidades y combinaciones. Hoy padecemos, por ejemplo, violencias polimorfas, entrecruzamientos de alta complejidad de las violencias públicas con las privadas y, sobre todo, estamos llegando a formas cada vez más crueles de violencia.

2. Algunos obstáculos para pensar y actuar hoy ante la violencia

Son múltiples y variables según los países, los regímenes político-ideológicos y las experiencias colectivas e individuales frente al problema. Señalo aquéllos que en mi concepto son más frecuentes e importantes entre nosotros.

La negación de la violencia. Ya se enunció al comienzo. En este mundo al revés, pretendemos vivir como si no, como si la violencia no existiera, o no nos afectara, o fuera algo de los otros, de los vecinos malos que sólo nos llega ocasionalmente por contagio pero que no nos es propio. Y es una negación muy interiorizada, hasta el punto de que invisibiliza y naturaliza la violencia. Por esta vía de la negación, y por algunas otras, nos vamos acostumbrando a la violencia, la *banalizamos*, perdemos la capacidad de asombro y reacción y siempre tenemos a la mano o en la boca una razón para evadirla, ocultarla, minimizarla. Con un agravante, estos procesos de negación y banalización no son sólo de los individuos. Son sociales e institucionales. A muchos gobiernos no les conviene o no les interesa aceptar ciertos tipos de violencia. Ciertas instituciones, la escuela o algunas de salud, por ejemplo, se escandalizan de saberse o sentirse señaladas como violentas. Y aun en las familias, los niños y hasta los adultos terminan por no identificar violencia sino a partir del golpe fuerte o de la sangre. La superación de este obstáculo, equivalente a quitarnos el velo que nos impide ver y aceptar las propias violencias y asombrarnos con ellas, es precondition para la comprensión del problema como para su adecuado enfrentamiento.

Otro obstáculo frecuente, mantenido en parte por los medios de comunicación, es el de *reducir la*

violencia a la lógica policial de buenos y malos. Como en la primera infancia, reducimos o nos reducimos el mundo a la confrontación de buenos y malos. Por supuesto que nos sitúan o nos situamos en el bando de los buenos y desde allí vemos a distancia y con desinterés y desprecio a los malos, los violentos. Es un guión perverso que nos aliena ante el problema, nos aleja de la realidad, nos clasifica de manera incorrecta y convierte la violencia en espectáculo que vemos desde la barrera o en pornografía que compramos y hasta disfrutamos. El guión de la violencia es mucho más complejo. Ni los bandos parecen ser el de los buenos y el de los malos, ni siempre somos de los buenos. Y, a menudo, nos encontramos no detrás de la barrera sino en el centro mismo de la confrontación violenta. Sin pretender asignar una responsabilidad universal, difusa e indiscriminada, es necesario reconocer que las redes de responsabilidad en las violencias nos incluyen con frecuencia a nosotros o a otros que considerábamos de los buenos. Además de la miopía en el enfoque del problema, este guión tiene el efecto negativo de hacer ver la violencia como algo lejano, de calificar y responsabilizar con facilidad a los otros y, por tanto, de impedir la participación directa en la búsqueda de soluciones. También es necesaria la remoción de este obstáculo para comprender la realidad del problema e intentar superarlo.

Y un tercer obstáculo, específico de quienes nos hemos formado y trabajado en el campo llamado de la salud. Es el intento de *aplicar a la violencia la lógica bionatural de la enfermedad* y pretender enfrentarla con ella y con las prácticas que le son propias. Como sabemos, el paradigma aún dominante es el de las enfermedades infecciosas, construido desde finales del siglo pasado. La enfermedad es una infección, producida por un agente específico, con una historia natural propia, tratable en la medida en que se conozca el agente etiológico y se disponga de armas contra él, y prevenible en la medida en que se conozca suficientemente bien la historia natural y haya los recursos específicos. Con esta lógica se asume la violencia como enfermedad, al victimario como el agente etiológico y a la víctima como al paciente y se procede, en consecuencia, a identificar factores de riesgo y puntos de intervención. Es cierto que el esquema puede hacer aportes para la comprensión del problema. Pero éste desborda tanto la lógica como los insumos conceptuales y disciplinarios del modelo biomédico y, por supuesto, las alternativas de solución visibles desde el esquema. La violencia no cabe en la lógica de la enfermedad. No es lo mismo atender a

una mujer violada que a una mujer con una enfermedad genitourinaria. Ni puede abordarse de la misma manera a un hipocondríaco o a alguien con trastornos de personalidad, que a la esposa de un desaparecido o al huérfano de un padre torturado y asesinado. La violencia tiene una lógica mucho más compleja. Casi nunca tiene un único agente causal. Sus víctimas no son sólo enfermos. Las disciplinas médicas, incluida la epidemiología convencional, no alcanzan a dar cuenta de las múltiples y complejas dimensiones del problema. Y ni todo es prevenible, ni existen vacunas o medicamentos antiviolencia. De los peores aportes que haríamos desde el campo de la salud a la violencia sería medicalizarla, pretender someterla a nuestra lógica, a nuestras prácticas y a nuestras instituciones. Necesitamos, por el contrario, aproximarnos a las lógicas y dinámicas de la violencia, a la complejidad de contextos y actores implicados, a las distintas disciplinas requeridas para comprenderla, entre ellas: la economía política, la sociología, el derecho, la ética, la antropología, la psicología y la epidemiología social. Y necesitamos transformar la estructura conceptual y de poder de nuestras instituciones, su dinámica y el funcionamiento de sus equipos de trabajo si queremos dar la contribución que la sociedad tiene derecho a esperar de nosotros en el enfrentamiento de la violencia. Todo esto será imposible mientras en los programas de formación profesional, técnica y especializada del sector salud, la violencia siga siendo una gran ausente, una curiosidad ocasional o una nueva enfermedad sometida al autoritarismo del saber y de la práctica médica todavía dominantes.

3. Contextos explicativos de la violencia en la sociedad actual

Para el trabajo teórico en el campo de la violencia, considero más adecuada y útil la categoría *contextos explicativos* que la de *causas* de la violencia. En el pensamiento occidental ésta última mantiene una cierta base determinista y, al intentar romper la unicausalidad, conduce casi necesariamente a la multicausalidad o al establecimiento de redes de causalidad. Puede aportar a la discusión construir una categoría que responda a una cuestión fundamental: ¿en qué conjunto de condiciones es socialmente posible y racionalmente comprensible un evento determinado, para el caso que nos ocupa, la violencia? Pues bien, los contextos explicativos de la violencia pretenden ser exactamente eso: el estudio de las condiciones de posibilidad social y racional del fenómeno.

A partir de la reflexión sobre la violencia colombiana, que acumuló en los veinte años comprendidos entre 1975 y 1995 un escandaloso saldo rojo de 338.378 homicidios, y que he sintetizado en mi libro más reciente: *“El Quinto: No Matar. Contextos explicativos de la violencia en Colombia”* que apenas comienza a circular, he empezado a pensar que existen en la sociedad contemporánea *tres contextos explicativos básicos* para las múltiples y graves violencias que padecemos, a saber: *uno económico, otro político y otro socio-cultural*. El primero tiene que ver con la conflictividad derivada de la posesión y distribución de la riqueza en el mundo y en el interior de los países, con los juegos del poder económico a distintos niveles y con las relaciones sociales, entre naciones, instituciones y personas, derivadas del ordenamiento económico establecido. El segundo tiene que ver con las confrontaciones derivadas de las interacciones Estado-ciudadano-sociedad, con la distribución y el ejercicio del poder político en los escenarios internacionales, nacionales, regionales y locales y con la vigencia o no de los derechos de los ciudadanos y de los estados. Y el contexto socio-cultural integra el conjunto de las situaciones, condiciones y razones que, desde las relaciones entre las personas y las instituciones, entre las instituciones mismas y en las confrontaciones de las diversas representaciones culturales y las construcciones valorativas, generan la posibilidad de los intentos de resolución por la vía de la fuerza. Los tres contextos pueden expresarse en determinadas condiciones estructurales, tienen sus mediaciones y pueden ser activados individualmente o potenciados en su acción sinérgica por procesos coyunturales específicos para las distintas realidades particulares, locales, nacionales e internacionales. Conviene señalar algunas de tales condiciones estructurales y procesos coyunturales.

Creo que, de lejos, la inequidad constituye en la actualidad la principal condición estructural posibilitadora y dinamizadora de la violencia a nivel internacional. La inequidad no como la vigencia de diferencias biológicas, psicológicas, sociales, culturales y políticas necesarias y saludables, sino como expresión de diferencias injustificadas, innecesarias y, por tanto, evitables e irritantes en la distribución y posesión de las riquezas, los recursos, las oportunidades, el conocimiento y la información. Inequidades también en las relaciones entre géneros, etnias, países y grupos sociales y etarios. La evidencia cotidiana de cada uno y cada una de nosotros, y las cifras sobre distribución y concentración de la riqueza, sobre el empleo, el

acceso a los servicios y a los recursos informáticos y científico-tecnológicos suministradas por los gobiernos, por los organismos internacionales y por los investigadores nos confirman que las inequidades están aumentando de manera significativa y alarmante en casi todos los niveles. Baste recordar que en 1996 el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo destacó en su informe que: "El mundo está cada vez más polarizado y la distancia que separa a los pobres de los ricos se está agrandando cada vez más". Y en el mundo globalizado que nos correspondió compartir o padecer, nos vemos abocados a enfrentar también la globalización de las inequidades.

La inequidad genera en su límite externo un fenómeno que para algunos es el detonante final de la violencia: *la exclusión*, que aun etimológicamente significa quedar por fuera, sin opción alguna, borrado del mapa de los mínimos de la dignidad y los recursos. Si del nivel planetario saltamos al nivel individual, reafirmamos con mayor claridad que, efectivamente, cuando nos colocan en condición de exclusión es una de las situaciones en las cuales se nos hacen incontables fuerzas y sentimientos arrasadores que, de otra manera, hasta canalizamos constructivamente.

No es la inequidad una invención del modelo de Estado, economía, cultura política y ética social globalmente denominado neoliberal. Pero ya sectores cada vez más amplios, incluidos algunos de los gestores e impulsores del modelo, aceptan que el neoliberalismo ha contribuido a incrementar las inequidades, en especial en el campo económico. La deducción lógica sería entonces que el enfrentamiento de la violencia en la sociedad actual implica también transformaciones de fondo en el modelo dominante, superando su versión neoliberal. Lo cual se hace más urgente si, como se enunciará más adelante, existen otros mecanismos además de la inequidad mediante los cuales el modelo en cuestión está contribuyendo a atizar la violencia.

Otra condición estructural de algunas sociedades contemporáneas es la intolerancia, que tiene que ver con incapacidad de tramitar las diferencias de manera civilizada, con negación del diferente, dogmatismo, absolutismo y, también, con exclusión. La tolerancia en cambio, en sus cuatro siglos de construcción y práctica, ha sido afín en el pensamiento liberal a heterogeneidad, respeto a los derechos y diferencias, libertad, pluralismo y justicia distributiva. Ahora bien, la tolerancia no es un valor absoluto. En otras palabras: no todo debe ser tolerado. Frente a la inequidad, por ejemplo, es

preciso ser radicalmente intolerantes. Un enunciado sintético podría ser al respecto: tolerancia a la diferencia e intolerancia a la inequidad. La intolerancia generalizada a las diferencias es otro caldo de cultivo de las violencias contemporáneas tanto en los espacios públicos como en los privados, y en los niveles macro y micro.

Al menos en mi país se ha identificado otra condición estructural de la violencia actual. Es la impunidad que, como sabemos, hunde sus raíces en el mundo del derecho, de la penalización y del castigo social a las transgresiones de las normas en general concertadas, pero a veces impuestas. La hipótesis en la relación impunidad-violencia apunta en el sentido de que si la sociedad pierde su capacidad de censurar y castigar las transgresiones a los acuerdos y normas fundamentales, facilita y aun llega a estimular nuevas y más graves transgresiones. Es bueno precisar que a esta impunidad jurídica hay que agregarle hoy una especie de impunidad personal —en el sentido de pérdida de la capacidad de autosanción y, peor aún, de complacencia con la transgresión— y otra especie de impunidad social, que sería el equivalente de la personal en el nivel grupal y colectivo. Y es también conveniente aclarar que estas relaciones no siempre son sólo unidireccionales. La facilitación que la impunidad hace a la violencia se revierte en ocasiones a incrementos de la impunidad producidos por la propia violencia.

La contribución que en varios países ha hecho el alejamiento del Estado de su responsabilidad de impartir justicia en la creación de condiciones favorables para el surgimiento de organizaciones y mecanismos de justicia privada, y para forzar a los ciudadanos y ciudadanas a intentar ejercer la justicia por sus propias manos, es otra responsabilidad estatal en el incremento actual de las violencias. Y si bien tampoco esto es un invento neoliberal, sí es cierto que mediante la concentración del interés estatal en la regulación del mercado y en el cuidado de los indicadores macroeconómicos, dicho modelo ha contribuido a hacer más evidentes las ausencias del Estado tanto de la aplicación de justicia como de la satisfacción de otras necesidades sociales, como educación y salud, propiciando también por estas vías procesos privatizadores y también actitudes y espacios propicios para el ensayo de soluciones violentas. Los temas enunciados son amplios y complejos, pero quedan planteadas un conjunto de relaciones que merecen explorarse más y que, sin duda, en muchos países están contribuyendo a la escalada de la violencia.

Al lado y en interacción con estas condiciones

básicas de la sociedad actual, se dan en las regiones y países ciertos procesos coyunturales específicos que contribuyen a activar la violencia. El problema de los narcóticos, con todas sus implicaciones económicas, políticas, culturales y éticas es un ejemplo, que ha contribuido de manera significativa a los incrementos de violencia en países como México, Brasil y Colombia. En términos analíticos, lo esencial al respecto es mantenerse alerta para identificar en cada caso los procesos coyunturales que intervienen.

4. La violencia actual como problema de salud pública internacional

Discrepo de quienes entienden la salud pública internacional (SPI) como el quehacer preventivo-asistencial de las grandes potencias en sus colonias o ex-colonias o en el manejo de los problemas de salud de las siembras de Tercer Mundo incrustadas en su interior. Me inscribo en cambio en la vertiente internacional, de predominio latinoamericano, que considera que, como consecuencia de la indivisibilidad de la salud y del bienestar a nivel planetario, éste tiene que ser comprendido, construido y defendido a nivel internacional. En otras palabras: que la salud es un asunto con claras y múltiples dimensiones internacionales –como bien lo entiende y nos lo explica Mario Róvere– y que la globalización tanto de la salud como de las enfermedades, es anterior a los actuales procesos globalizadores. Hace ya siglos, por ejemplo, que los virus, las bacterias y sus secuelas mórbidas viajan por todo el mundo, sin tener visas ni respetar aduanas, como gráficamente lo ha expresado Giovanni Berlinguer, un pionero de esta modalidad de la SPI.

Sin pretender diluir en una vaga responsabilidad internacional la génesis y dinámica de nuestras violencias, ni pretender asignar a la “comunidad internacional” y sus organismos mediadores la tarea de la búsqueda de soluciones al problema, planteo para la discusión –y ojalá para la acción– que tanto en su genética como en su fisiología, en sus manifestaciones y consecuencias como en sus posibles soluciones, la violencia es un fenómeno internacional, un problema de salud pública internacional. Como espero que el conjunto de los planteamientos anteriores contribuya a sustentar lo relativo a la génesis, manifestaciones e implicaciones internacionales de la violencia, dedico estas últimas consideraciones a esbozar algunas de las posibles tareas de la SPI en el enfrentamiento y búsqueda de solución a los problemas de violencia.

En primer lugar: Como campo de conocimiento, la SPI debe contribuir al estudio e investigación de las dimensiones internacionales de la violencia y de su impacto negativo sobre el bienestar y la calidad de vida de las personas y de los pueblos. Se trata, claro está, de un conocimiento no médico, no sólo bionatural, sino multidisciplinario e interprofesionalmente trabajado, como corresponde al problema en cuestión.

En segundo lugar: Las enormes implicaciones que por distintos mecanismos está teniendo el problema de la violencia sobre la práctica de los profesionales de la salud –exceso de demanda asistencial, cuestionamiento de los mecanismos, equipos y espacios de la atención, vigencia de criterios tan caros a la práctica como la privacidad de la consulta y el secreto profesional, entre otros– están demandando repensar aspectos de la práctica, de la organización y distribución de los servicios y aun de la fundamentación ética del quehacer profesional en salud. La SPI puede hacer aportes muy importantes al respecto al hacer una aproximación más global y lograr equilibrar y aclarar lo que las presiones y circunstancias nacionales o locales pueden confundir.

En tercer lugar: Como mínimo la SPI debe contribuir a que el sector reduzca su participación tanto en propiciar la violencia mediante sistemas excluyentes y mercantiles de prestación de servicios, como mediante sistemas autoritarios o inadecuados de atención a la población en general y a las víctimas de la violencia en particular. La reducción de las inequidades en salud puede ser la contribución más importante al respecto.

Cuarto: El fomento de la cooperación internacional en situaciones de intensa conflictividad nacional o regional y en los procesos regulares de planeación, ejecución, implementación y evaluación de políticas y programas es otro campo privilegiado y largamente experimentado de la SPI, que bien puede intensificarse de cara a la situación de violencia.

Dadas las frecuentes violaciones al Derecho Internacional Humanitario (DIH) en áreas de intenso conflicto internacional o interno en algunos países, Colombia entre ellos, la SPI debe convertir en una de sus prioridades en la acción contra la violencia la denuncia de las violaciones y también la vigencia del DIH, en especial en lo relacionado con la misión sanitaria.

Y, finalmente, la promoción de la salud como práctica positiva del bienestar, como defensa del derecho a la vida en dignidad y cultivo de la calidad de vida y de valores positivos de equidad, solidari-

dad, tolerancia y convivencia, puede ser un instrumento clave en la acción de la salud pública internacional. Mediante ella, la SPI puede lograr que efectivamente la salud sea un puente para la paz y

para la convivencia entre los pueblos en libertad, con mucha menos violencia de la que padecemos al final del milenio y que esperamos superar al comenzar el próximo.

*Yo puedo decir con toda confianza
y por la experiencia personal que he tenido,
que una visión completa de la verdad es posible
sólo cuando uno practica una no violencia total.*

Mahatma Gandhi